

de Palo Blanco, y aquí se rompió una taza y cada cual para su casa.»

El segundo en jefe se agitó convulso, dominado por su último arranque de elocuencia tuxtepecana. Algunos de sus ayudantes lo sumergieron dentro de un coche, y al llegar á palacio no pudo, al descender del simon, dar un solo paso. Su rostro estaba lívido, sus ojos extraviados; con ambas manos se apretaba la cabeza, abría desmesuradamente la boca atacado por horribles náuseas, y un sudor frío inundaba su cuerpo. Era la primera vez de su vida que corría en coche, y esto le había sido fatal: estaba marcado.

Una hora tardó el infeliz en reponerse; algo débil penetró á los salones de la presidencia, y para tomar reposo fué á sentarse en un sofá. Los resortes, bajo la presión, se recogieron, y Mendez sintió que se sumergía en el mueble; levantó los pies, alzó los brazos, y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Válgame el Sr. de Chalma! ¡Por María Santísima! Deténganme, que me hundo.

—General, ¿qué pasa?

—Me pasa que me voy al patio, que me estoy enterrando vivo. . . . ¡Por Dios, sáquenme!

Dos ó tres se precipitaron al mueble en auxilio de la respetable persona del segundo en jefe. Este respiró cuando se vió pisando tierra firme; pero al pasear una mirada por el salón, se estremeció de repente y lanzó una amenaza.

—Señor, ¿qué hay? repitieron en coro sus ayudantes.

—Que todo se conjura hoy contra mí: que allí en frente está un viejo muy feo que me hace gestos y se burla de lo que hago; pero yo lo castigaré.

—Sosiéguese vd., general.

—No, voy á castigarlo.

Al pronunciar estas palabras se lanzó sobre su supuesto enemigo, levantó la mano, y un instante despues se oyó un estruendo, y una gran cantidad de vidrios se esparcieron por el suelo. Era que Mendez, asustado de sí mismo, de su imagen, había dado de golpes á un espejo.

El segundo en jefe, no sin muchos trabajos, se repuso del susto, y con gran asombro recibió un par de guantes que le presentó un ayudante. Solo al cabo de una hora pudo convencerse de que para imitar á las personas del gran tono debía calzarse las manos. Metió los dedos en los guantes, y despues de potentes esfuerzos, alarmado corrió por el salón, gritando:

—¡Jesus me ampare! ¿Se me ha perdido un dedo! . . . ¿Dónde lo he puesto?

Inútil es explicar lo que había pasado.

Una vez corregida su torpeza, se encontró guanteado; pero esto le fué perjudicial: perdió el tacto. Sin sentirlo dejó caer el baston, el *paliacate*, el sombrero; pidió un vaso de agua, y para asegurarlo lo apretó tanto, que lo estrelló entre sus manos. No pudo soportar esto último, y se quitó los guantes con los dientes. Un dedo se resistía á salir; Mendez redobló su brío; rompióse la cabritilla, y su mano, lanzada con fuerza en el vacío, tropezó con las narices de un ayudante, quien prorrumpió un juramento al recibir el formidable puñetazo.

Tantas contrariedades irritaron al segundo en jefe.

Llegó la hora de la comida. La mesa estaba elegantemente adornada, se preparaba un espléndido banquete. Mendez apostrofó con una filípica á un adulator que quiso ponerle una servilleta al derredor del cuello, diciendo que trataba de comer y no de aseitarse, y que él solo se ponía trapos delante del pecho, cuando lo iba á razar el barbero.

Antes de empezar á comer quiso tomar agua; se apoderó de un sifon de agua de Seltz, y puso todo su afán en destaparle; se ayudó con los dientes, con las uñas, con su navaja; pero fué vano su esfuerzo, el metal resistía á todas las tentativas. El segundo en jefe apretó por casualidad la palanca, y el chorro de agua, saliendo entonces con fuerza;

se aplicó en el rostro de Mendez, que desprendiéndose de la silla cayó al suelo al recibir la ducha.

Pasada la emoción, seriamente disgustado, ocupó su asiento.

—Basta de burlas, exclamó, y háganme un taco.

—General, le dijo su ayudante presentándole un plato de sardinas, ¿le sirvo á vd. de esto?

—¡Ah! ya sé lo que son estos pescados, los conozco; se llaman ballenas.

—¡Cómo!

—Sí, voto á cien mil; en Tetela hay una pulquería que se llama La Ballena, y está pintado un animal como estos. Pero miren vdes. lo que son las cosas: no comprendo como dicen que á D. Porfirio, cuando se tiró al mar, se lo iba á tragar una ballena. Un hombre tan grande no puede caber en una boca tan chiquita.

Mendez despreció varios platos, comió con miedo, con vergüenza; le estorbaban el tenedor y el cuchillo. Le llamaron la atención unas ostras, y quiso probarlas. Se sirvió unas cuantas, y á poco gestos de dolor se retrataron en su semblante, escupió un colmillo envuelto en sangre, y dió en la mesa un puñetazo. Los ayudantes vieron con asombro que el segundo en jefe, despreciando los ostiones había querido comerse las conchas.

Una vez aplacado el dolor, Mendez recobró la calma. Un oficial de su Estado Mayor le presentó unas alcachofas.

—Coma vd., general.

—No, prefiero un vaso.

—¿Qué?

—Que prefiero un vaso; no me gusta tomar pulque en maguelles chiquitos.

Nadie pudo lograr que probara las alcachofas.

Terminada la comida, un criado le presentó con respeto la vasija destinada á lavarse las puntas de los dedos. El segundo en jefe con precipitación arrebató el trasto de las manos del criado, y se bebió el agua de un sorbo. Como esta era tibia sirvió de vomitivo, y el presidente interino con horribles angustias, con inmenso estrépito, trasladó del estómago á la alfombra lo que había llevado de la mesa al estómago.

No pudo sufrir mas, y manifestó resueltamente que deseaba que terminase la comida.

Un mozo trajo el cepillo para limpiar la mesa, y Mendez, en el colmo de la rabia, le dijo que á él debía cepillarlo primero, porque era el presidente de la república, en nombre de los poderes de la guerra.

Furioso se retiró á su cuarto, y por la noche, para colmo de desdichas, sufrió una indigestion y un discurso del ateo Ramirez, es decir, otra indigestion.

Decididamente, el segundo en jefe no gozó de próspera fortuna el primer día de su corta presidencia.

LOS HOMBRES DE TUXTEPEC

BIOGRAFIAS DE CONTEMPORANEOS POR NIHL.

VALLARTA.

Nacido de una honorable familia en el Estado de Jalisco, pasó su infancia como la pasan todos los muchachos, robando dulces, degollando moscas y atravesando á brincos las habitaciones oscuras.

Al principiar su juventud, su familia dispuso hacerle abogado. Era una necesidad mas bien que una vocacion. En los Estados la educacion se divide entre el foro y el altar; es preciso servir á Dios ó á las pasiones de sus semejantes.

El pequeño Vallarta pasó el umbral del colegio im-